

brasas. «Por fin, dice, despues de tantos rodeos, ya confesó el Sr. Vigil que el *célebre* (esta es ironía) Tiberghien nunca ha sido aprobado por los ilustrados profesores de la Preparatoria.» Aplaudimos la manera ingeniosa con que el autor de las *Nociones* ha salvado la dificultad: en vez de probar que los profesores de la Preparatoria habian *reprobado*, segun afirmó, la obra de Tiberghien, asienta con aire de triunfo que *por fin* confesamos lo que nunca hemos negado, que dicha obra no ha sido aprobada..... Este no es sofisma ¿verdad?..... En cuanto á lo que se nos dice de Tiberghien y P. Janet, del viento favorable de *arriba*, y el cefirillo favorable de *arriba*, etc., son inocentes desahogos que realmente no merecen la pena de ser tomados en consideracion: únicamente advertiremos que esa derrota de que se nos habla con júbilo infantil, no fuimos nosotros quienes la sufrimos, sino P. Janet, y el Sr. Ruiz debe estar orgullósísimo de que le hayan dado ese fácil triunfo, que por nuestra parte no envidiamos. Desearíamos, sin embargo, para que el triunfo fuera completo, que remitiera su obra á la Facultad de letras de París y á la Universidad de Bruselas, en donde creemos que no faltan profesores de «honradez, ilustracion y sensatez,» que preferirian las *Nociones* á esos farragos de *disparates*, escritos por profesores de tres al cuarto, como Tiberghien y P. Janet. Esto nos llenaria de satisfaccion, pues somos apasionados de las glorias nacionales. El Sr. Ruiz concluye anunciándonos que en este asunto siempre hemos de perder, tanto en el terreno de la discusion, como sometiendo nuestras ideas á *personas imparciales, ilustradas y de honradez*. En efecto, el *ipseditismo* ha declarado que para ser imparcial, ilustrado y honrado, es preciso aprobar las *Nociones*. En cuanto á la discusion..... ¿Tuviera la bondad el Sr. Ruiz de decirnos sin muchas *difusiones*, si admite por fin al espíritu como sustancia distinta de la materia? ¿Si su obra es positivista? ¿Si el positivismo envuelve como consecuencias lógicas el materialismo, el ateísmo, el escepticismo, etc.? ¿Si la deducion y la induccion?..... Pero esto basta para poner tan clara como la luz del sol nuestra derrota en el terreno de la discusion. Muy insignificantes serán nuestros argumentos; recuerde, sin embargo, el Sr. Ruiz, que un piquete de alfiler es suficiente para desinflar un globo.

J. M. VIGIL.

#### BIBLIOGRAFIA FILOSOFICA.

B. PEREZ. *La educacion desde la cuna, ensayo de pedagogia experimental*. Paris, Germer Baillière, 1880.—El autor continúa con laudable celo sus interesantes observaciones sobre el desarrollo intelectual del niño. Su nuevo libro no es, en efecto, mas que continuacion y como aplicacion á la pedagogia de la obra de psicología pura que ya ha publicado bajo este título: *Los tres primeros años de la infancia*. Aquí tambien, aunque se trate de educacion, de disciplina y direccion, la observacion psicologica no pierde sus derechos; y hay que felicitarle de ello. Efectivamente; en los primeros años de la infancia, el pedagogo prudente tiene que limitarse á un papel de discrecion y de reserva: la grande educadora en esa edad es la misma naturaleza, y muy insensata seria la educacion, que por torpes escitaciones y represiones inoportunas, viniese á contrariar el natural desarrollo del cuerpo y del espíritu. La educacion en la cuna no debe diferir ni distinguirse de una psicología atenta y vigilante.—(*Revue philosophique*.)

#### LA RELIGION POSITIVISTA.

(TRADUCIDO DE LA OBRA DE M. E. CARO INTITULADA «ESTUDIOS MORALES»  
SOBRE EL TIEMPO PRESENTE.)

(CONCLUYE.)

Pascal, Leibnitz y Condorcet han preparado la construccion religiosa de M. Comte: el primero por su magnífica comparacion de la especie humana con un hombre universal que crece día con día; el segundo, por la gran ley que rige el sistema entero de las mónades y que subordina el presente al pasado, el porvenir al presente; Condorcet, en fin, por su sencilla y luminosa concepcion del género humano, considerado como un solo pueblo. M. Comte reconoce en estos tres grandes hechos filosóficos los antecedentes directos de su doctrina. Indica tambien á los espíritus inexpertos, como un socorro á su debilidad, la meditacion de estas dos ideas: la familia y la patria. No que haya elementos en el sér esencialmente indivisible; pero las ideas de la familia y la patria, son, dice, los preámbulos sucesivos de la humanidad, es decir, miras parciales por las cuales la inteligencia se habitúa insensiblemente á la nocion del Gran Sér. Es tiempo de llegar á una definicion, que tomaremos de M. Comte, para garantizarnos de cualquiera alteracion involuntaria.

«El Gran Sér, dice, es el conjunto de los seres pasados, presentes y futuros, que concurren libremente á perfeccionar el Sér universal. Toda especie social tiende naturalmente hácia tal convergencia. Pero la unidad colectiva no puede realizarse en cada planeta, mas que en la raza preponderante, cuyo vuelo colectivo impide necesariamente el de los animales ménos elevados. Por esta razon, la definicion sistemática del sér compuesto, no tiene necesidad de mencionar su naturaleza específica. Por otra parte, la espontaneidad del concurso y su destino exterior, son evidentemente indispensables para

para nosotros que el caballo, el buey y el asno, que M. Comte llama nuestros libres auxiliares animales? ¿Qué seres nos prestan más grandes servicios en esta liga necesaria, en esta coalición de todas las actividades contra las resistencias de la materia y las fatalidades de la naturaleza? Es preciso recompensarlas; la cosa no se puede dudar, y el positivismo lo hace incorporándolos al Gran Sér. Calígula hacia cónsul á su caballo; M. Comte, suponiendo que tenga un caballo, lo hace un dios. ¡Qué gloriosa y nueva perspectiva para todos estos nobles auxiliares, que gastan su vida en arrastrar á sus colegas! Despues del abasto el Olimpo.

Esto no es más que justicia. No hacemos otra cosa que devolver de esta manera á los animales un poco de lo que les hemos robado. Si no hubiéramos venido á tomar un lugar en este planeta, ellos constituirían un Gran Sér. Hemos venido á quitarles el derecho á la divinidad. Nuestra preponderante raza se ha sustituido á las razas inferiores. Toda especie animal, dice expresamente M. Comte, es un Gran Sér, más ó menos abortado á consecuencia de la preponderancia que ha tomado la raza humana. Es, pues, justo que incorporémos á la humanidad subjetiva aquellos animales que nos han prestado más servicios en la humildad de su condicion. A fuerza de hacerse útiles, han subido á los rangos superiores de la especie humana. Han sido nuestros bienhechores oscuros. ¡Que ellos sean nuestros protectores y nuestros modelos!

Con este sistema cómodo de teodicea, se concibe que puede haber una infinidad de Grandes Séres, puesto que el Gran Sér no es más que la raza preponderante de un planeta. M. Comte lo confiesa muy graciosamente:

«La supremacía de nuestro verdadero Gran Sér, dice, es puramente relativa á nuestras investigaciones y á nuestras necesidades. Indudablemente se puede concebir que, aun sin salir de nuestro mundo, exista en nuestro planeta un organismo todavía más eminente; pero además de que no podemos saber nada, esta cuestion será siempre tan ociosa como inabordable, puesto que un sér semejante no afectaría de ninguna manera á nuestros destinos. Si es cierto que no tenemos necesidad de todas las nociones que nos son efectivamente accesibles, por el contrario, estamos ciertos de conocer tarde ó temprano lo que nos interesa verdaderamente como obrando sobre nosotros, ofreciéndonos desde luego esa influencia cualquiera base de apreciacion. Apartando, pues, toda comparacion vana entre los diversos Grandes Séres que puedan existir, nos basta reconocer que el nuestro es superior á todas las existencias que nos son apreciables. Sentimos por otra parte que nuestros destinos están necesariamente subordinados al suyo; que constituye así el principal objeto de todos nuestros trabajos. Segun esta doble conviccion, se puede fácilmente hacer constar que una restriccion semejante de potencia viene á ser la fuente directa de la superioridad general, sobre todo, moral y social, del reinado de la humanidad sobre el de Dios.»

Hé aquí, pues, una cosa bien clara. Puede haber una infinidad de Grandes Séres; pero nos son perfectamente indiferentes; son para nosotros como si no existieran. La humanidad sola nos interesa, puesto que pertenecemos á la humanidad.

Pero el Gran Sér, dirá algun escéptico, está bien lejos de nosotros. Se encuentra en el fondo de nuestra conciencia; allí reside, en el silencio, en el secreto, en la sombra; allí es

dónde necesitamos adorarle. Pero este santuario es á menudo muy poco accesible. ¿Sólo reside el Gran Sér en esa abstraccion casi impalpable de un recuerdo idealizado por la muerte? Temo mucho que no se deje en paz al Gran Sér en este templo, que muy bien se parece á una tumba.

M. Comte prevé la objecion y responde á ella victoriosamente, de modo que encanta á los más incrédulos. El Gran Sér tiene una personificacion graciosa en la tierra: es la mujer. El sexo afectivo, hé aquí adonde podemos llevar nuestros homenajes y dirigir nuestro culto. Es el agradable intermedio entre el Gran Sér y nosotros. Pero para que la mujer sea un intermediario suficientemente puro, M. Comte sueña en su honor una revolucion fisiológica que la hará completamente independiente del hombre. Cree de su deber, segun dice, introducir una hipótesis atrevida. Muy atrevida, en efecto, porque no nos atrevemos á trascribirla. Remitimos al curioso fisiologista á las páginas 68 y 276 del cuarto volumen. Que baste á nosotros los filósofos, el saber que M. Comte establece en el porvenir, con provecho de la mujer, una especie de hermafroditismo artificial, que es la más bufona de las invenciones. La mujer, definitivamente emancipada del hombre, será un intermediario más digno; y el hombre, libre de las preocupaciones brutales, deberá un vuelo más noble á su necesaria castidad. El Gran Sér ganará con ello mayor número de servidores desinteresados, y todo será lo mejor.

Tal es, en sus principales rasgos, la teoria fundamental del Gran Sér. Réstanos ahora entrar en el detalle de la institucion religiosa y en la organizacion del culto.

### III.

La originalidad del ateísmo de M. Comte, lo hemos dicho ya, es ser un ateísmo religioso. Que su doctrina sea el ateísmo, nadie puede dudarlo, salvo M. Comte, que se defiende de ello con más buena fe que razon. No puede defenderse sino jugando con las palabras. Pero lo que sí es cierto, es que el sistema de M. Comte se distingue por un carácter muy particular, de las otras formas que el ateísmo ha revestido al través de los siglos. Se presenta en el mundo con pretensiones religiosas. Tiene la singular ambicion de instituir un culto. M. Comte ha ensayado por eso poner de acuerdo dos instintos que hasta entónces se habian dado largos combates en el alma humana: el instinto religioso, y cierta inclinacion á la rebelion, á la independenciam, al desprecio de la invisible autoridad. Parece ciertamente que para determinadas personas, es más difícil renunciar al culto que á Dios. Para ellas es para quienes M. Comte ha querido ser á la vez Aristóteles y San Pablo. Para ellas es para quienes ha escrito esas páginas, penetradas de una uncion mística. Para ellas, en fin, M. Comte se ha hecho el legislador de los nuevos ritos, el inspirado cantor de los nuevos himnos, á la vez poeta y Papa, hierofante y teólogo, predicador y maestro de ceremonias. No ha deseudado ningun detalle; todo está pre-

visto, definido y ordenado. El culto está pronto á funcionar; y aun ha funcionado para algunos raros adeptos.

El culto tiene por objeto el mejorar al hombre por la asidua contemplacion del Gran Sér. Ahora bien, sabemos que la existencia del Gran Sér es puramente subjetiva. El culto será, pues, exclusivamente subjetivo en su principio. Consistirá en lo que M. Comte llama la *evocacion cerebral* de los séres queridos. No podemos evidentemente contemplar al Gran Sér sino en sus *personificaciones*, sin lo que nuestra meditacion se perderia en no sé qué esfuerzo abstracto. Estas personificaciones que nos es dado contemplar, son precisamente las que nos tocan más de cerca, que nos interesan más inmediatamente. *Evocarémos cerebralmente* la imágen de un amigo difunto, ó de una amante idealizada por la muerte. Orésteos *evocaré* á Pilades, Dante á Beatriz, y únicamente en estas contemplaciones de los séres queridos es en lo que consiste el culto interior. Es preciso emplear todas sus fuerzas en reanimar la imágen de un sér adorado, y para llegar á este objeto, M. Comte nos da las reglas más precisas, que todas se resumen en esto: determinar el medio inerte ántes de colocar allí la imágen viva. Esta determinacion exterior se descompone en tres partes esenciales, procediendo siempre del exterior al interior, segun el principio gerárquico de la escuela: es necesario precisar desde luego el lugar, despues el sitio ó la actitud y al fin el traje. Aunque el corazon se puede impacientar desde el principio por tal retardo, bien pronto reconocerá su íntima eficacia, cuando vea la imágen querida adquirir así gradualmente una fuerza y una claridad que al principio parecian imposibles.

Pero lo que M. Comte recomienda sobre todo, en la práctica del culto subjetivo y de la evocacion cerebral, es idealizar más y más el tipo preferido. El matemático se revela en la manera con que quiere que se trabaje en esta idealizacion progresiva. Es preciso, dice, *idealizar casi siempre por sustraccion y rara vez por adiccion*, olvidar los defectos de los muertos para no acordarnos más que de sus cualidades. Dante habia presentado esta ley, segun nos asegura M. Comte, cuando imaginó esa bella ficcion, en la cual, para prepararse á la beatitud, se baña desde luego en el rio del olvido, y en seguida en el Eunoe que restituye solamente el recuerdo del bien.

De este modo, el culto viene á ser la consagracion de esta realidad ideal que es la misma esencia del Gran Sér. El Gran Sér es ideal, puesto que depuramos progresivamente los tipos que lo representan en nuestro pensamiento. Es real, puesto que estos muertos queridos prolongan, gracias á nuestras evocaciones, una existencia que no acabará sino con nuestro recuerdo. Esos séres que hemos amado, existen así en nosotros y por nosotros. Están libres de las necesidades materiales y de las funciones vitales, pero no cesan de vivir. Su vida se ha trasplantado, implantado en la nuestra. Oigamos á M. Comte:

«El dulce cambio de sentimientos y de ideas que manteniamos con ellos durante su objetividad, es á la vez más íntima y más continua cuando se han despojado de la existencia corporal. Aunque la vida de cada uno de ellos se encuentra desde entónces mezclada profundamente con la nuestra, su originalidad mental y moral de ninguna manera es alterada, cuando su carácter fué verdaderamente distiuto. Se puede aún decir que

las principales diferencias resultan más pronunciadas á medida que este íntimo comercio se desarrolla mejor. Esta concepcion positiva de la vida futura es ciertamente más noble que la de cualesquiera teologistas, al mismo tiempo que la única verdadera.»

La evocacion cerebral de los muertos prepara el acto que es el último término del culto, la efusion ó la oracion. Cuando hemos vuelto á ver con claridad la imágen adorada, nuestro corazon se abre, nuestra alma se dilata, y la oracion viene á santificar las intimidades de nuestro sér. El positivista reza, ante todo para extender sus mejores afecciones, pero tambien puede pedir, con tal que todas sus peticiones no tengan por objeto más que el progreso de su alma y la mejora de sus sentimientos.

Tal es la teoria del culto. Descendamos ahora á las explicaciones.

Ante todo, es preciso distinguir el culto privado del culto público. El uno se dirige á la familia, el otro á la humanidad. O más bien, el uno se dirige á la humanidad por el intermedio de la familia, el otro se dirige al Gran Sér directamente y sin intermedio. M. Comte recomienda con insistencia la práctica del culto privado, como el preámbulo indispensable y la garantía del culto público. «Nuestra diosa, dice, no consiente más adoradores sinceros que aquellos que se han preparado á su culto augusto por una práctica digna de homenajes secretos, debidos diariamente á sus mejores órganos, sobre todo, subjetivos y tambien objetivos. Sobre todo, la práctica asidua del culto privado es la que distinguirá finalmente á los verdaderos positivistas, de los falsos hermanos que nos van á estorbar tan pronto como la verdadera religion prevalezca.» ¿En qué consiste, pues, el culto privado, tan solemnemente preconizado por el San Pablo del positivismo?

Aquí tambien es preciso distinguir. El culto privado se descompone en dos partes, la una personal, la otra doméstica.

El culto privado *personal* da nacimiento á una gran institucion *sociodátrica*, la institucion de los *verdaderos ángeles custodios*.

Es fácil de adivinar, conforme á las tendencias generales del sistema, que los verdaderos ángeles custodios son las mujeres. Fundándose toda la existencia del Sér Supremo en el amor, el *sexo afectivo* constituye naturalmente su representante más perfecto, al mismo tiempo que su principal ministro. Cada uno de nosotros, en el estado normal, encuentra así á su alrededor verdaderos ángeles custodios, que debe invocar como sus protectores y sus modelos. La madre, la esposa y la hija, personifican en sí los tres modos de la perpetuidad humana, el pasado, el presente y el porvenir, como tambien representan, en un tierno símbolo, los tres grados de la solidaridad que nos liga á los superiores, á los iguales y á los inferiores. ¡Cuántas cosas en una madre! ¡Qué profundidad de simbolismo en la esposa y en la hija! El culto de los ángeles custodios exige tres oraciones cotidianas. La primera, la del levantarse, más extensa que las otras dos, debe disponernos al buen empleo de nuestras fuerzas. La última expresa el reconocimiento que debemos á esta proteccion cotidiana. La del medio dia está destinada á hacer penetrar en medio de nuestros trabajos *la influencia afectiva* de que nuestras ocupaciones tienden siempre á apartarnos más ó ménos. La primera y la segunda oracion tendrán lugar en el altar doméstico. La última debe ser en el lecho y prolongarse tanto

su consistencia y su perpetuidad. Así, pues, si se aparta todo lo que puede subentenderse sin confusión, se limita uno á definir el Gran Sér como el conjunto continuo de los séres convergentes.»

La humanidad, tomada en su conjunto, se descompone en dos clases de séres, que M. Comte llama dos poblaciones: los vivos (poblacion objetiva), y los muertos, á los cuales es preciso reunir los que están por nacer (poblacion subjetiva). Los vivos trabajan para sus descendientes, pero bajo el impulso de sus antecesores. La poblacion subjetiva que está por nacer, es el objeto de nuestra actividad; pero la fuente de esta actividad está en la poblacion subjetiva de los muertos. Ella es quien nos trasmite los procedimientos de todas nuestras operaciones. Obramos por ellos y con ellos. Separémos la poblacion del porvenir que marca el objeto de la actividad universal, pero que nada tiene de preciso, no teniendo todavía nada de realidad; quedan en presencia dos grandes poblaciones, la una objetiva cuya cantidad no varía sensiblemente; la otra subjetiva que aumenta sin cesar. Estas son las dos faces, los dos aspectos del Gran Sér indivisible. Los muertos representan la dignidad del Gran Sér; los vivos su eficacia. Los muertos no pueden obrar sino por el intermedio de los vivos; dependen, pues, de ellos por la accion; pero los vivos no podrian obrar sino bajo el imperio y el ascendiente de los muertos; dependen de ellos por la influencia. Los muertos pesan irresistiblemente sobre los vivos por la eficacia del ejemplo, por el concurso de las edades y la fuerza de las tradiciones.

Si algun curioso me preguntase lo que significan estas calificaciones extrañas de poblacion subjetiva y objetiva, nada más fácil de explicar, y será así mismo ocasion de marcar hasta qué punto es fácil envolver las ideas más sencillas bajo el aparato de las fórmulas, y de oscurecer la evidencia, diria tambien las verdades más ciertas, como para darles la apariencia de la profundidad. La poblacion de los vivos es objetiva, porque tiene una existencia real, personal, determinada, concreta; la poblacion de los muertos está reducida al triste estado de una poblacion subjetiva, porque no tiene más que una existencia abstracta, vaga, indeterminada, en el recuerdo de los vivos. La vida no es más que un reflejo de sí misma en el pensamiento de los demás. Ellos no existen más que subjetivamente, porque no existen más que por la gracia de quienes los recuerdan.

Y sin embargo, si se apura el pensamiento íntimo de M. Comte, se acabará por percibirse que la pálida poblacion de los difuntos es la sola que constituye el Gran Sér. Fijaos bien en que M. Comte no admite la inmortalidad en el sentido comun de la palabra, y que para él no hay otra inmortalidad que esa vida subjetiva en el pensamiento de los vivos. No hay, pues, realidad en la existencia prolongada de los muertos. Esa existencia no es más que una abstraccion, ó más bien, sólo un recuerdo. Y á pesar de esto, ¡cosa rara! esa poblacion vaga y flotante de recuerdos, de reflejos y fantasmas, es la que agota toda la realidad del Gran Sér. Las generaciones futuras no figuran todavía; las generaciones presentes no están aún juzgadas, y es preciso haber sufrido el juicio positivista para ser incorporado á la sublime diosa. Somos en esto de una exactitud literal; tenemos una especie de punto de honor, en no ser más que fieles narradores.

«Los vivos, dice M. Comte, se encuentran doblemente colocados bajo el patrocinio

creciente de los muertos, que á la vez son sus protectores y sus modelos. Sólo éstos pueden representar á la humanidad, que consiste esencialmente en su conjunto; mientras que aquellos, nacidos siempre sus hijos, se convierten generalmente en sus servidores, á ménos que no degeneren en parásitos. Aun cuando la vida objetiva fuese juzgada inmediatamente, soporta rara vez bastante eficacia para que su principal tendencia no pueda borrarse bajo su corrupcion ulterior. Hasta que ella esté terminada, los atributos humanos no podian surgir suficientemente aun en los mejores tipos, siempre alterados por las desviaciones inherentes á las necesidades corporales. El alma no puede prevalecer más que en la existencia subjetiva que, salvo excepcionales reprobaciones, únicamente pertenece á las funciones asociables, cuando los fenómenos puramente personales han cesado irrevocablemente.»

Esto quiere decir que los mejores entre los vivos no pueden ser incorporados definitivamente en el Gran Sér. Mientras que vivan la prueba no está terminada, y pueden, á cada momento, dar un cruel mentís á las esperanzas fundadas en su virtud.

Ahora, el Gran Sér no quiere estar compuesto más que de existencias suficientemente asimilables; excluye las otras. No se debe comprometer nunca, por una admision temprana de los vivos, ese carácter supremo que hace del Gran Sér un conjunto continuo de séres convergentes. Si, como M. de Blainville, un sér mucho tiempo convergente resulta, hácia al fin de su vida, divergente, es necesario siempre reservarse el derecho de excluirle; será negocio del concilio positivista excluir ó admitir las existencias cumplidas y definitivamente probadas. Por otra parte, sobre las más perfectas existencias es bueno que haya pasado la muerte. La muerte purifica nuestras mejores cualidades y hace olvidar nuestros defectos. El recuerdo idealiza á los muertos, como idealiza á los ausentes. A medida que se aleja la última hora, arrebatada consigo, como un despojo fúnebre, las pobreza y miserias de la humana naturaleza. El muerto crece tambien por lo lejano de la perspectiva; se idealiza en nuestro pensamiento, entonces se convierte en miembro, por la eternidad, de la gran poblacion subjetiva que componen los nobles difuntos.

El verdadero, el sólo Gran Sér, porque es el único que sea definitivo, se compone de los muertos; pero de los muertos que son dignos de vivir en el recuerdo, es decir, segun la gran fórmula, de aquellos solamente cuyo *vuelo objetivo* ha dejado dignos resultados. ¿Qué sucede, pues, con las otras existencias? ¿Qué es de los parásitos que han cargado la tierra con un peso inútil, ó de los descreídos que rehusan converger hácia el Gran Sér? Mueren para siempre y sin remision. M. Comte no tiene para ellos bastantes palabras de desprecio. Los abandona á todos los horrores de la nada; pero, en definitiva, como esta nada difiere poco del Gran Sér, ¡que tomen su partido! No vivirán en las tablas de conmemoracion de M. Comte; su nombre será despiadadamente excluido del almanaque positivista. Hé aquí todo.

En cambio, este paraíso del Gran Sér, cerrado por una mano avara á los incrédulos, es abierto con mano liberal á otras individualidades, repudiadas sin razon por las ciegas teologías. El Gran Sér abre su ancho seno á todas las razas susceptibles de aceptar la comun divisa de las almas superiores: vivir para otro. Ahora ¿qué séres viven más